

¿CÓMO HAY QUE ENTENDER EL CULTO A LOS SANTOS?

A lo largo del Año Litúrgico son celebrados casi dos centenares de santos. Con más o menos solemnidad, se recuerda a aquellos cristianos que han vivido ejemplarmente su seguimiento a Cristo y que han tenido relevancia, por una razón u otra, en la historia de Iglesia.

Ya desde los orígenes del cristianismo, las primeras comunidades cristianas acudían a la tumba de los mártires en el aniversario de su muerte, que denominaban *dies natalis* por considerarlo el día en el que nacieron a la vida del cielo, para celebrar la eucaristía y tener vivo su ejemplo.

Pero este culto que se tributa a los santos, en ocasiones, se ha desfigurado en la celebración litúrgica y en la religiosidad popular, adquiriendo una dimensión que, en principio, no le corresponde. Todos hemos visto exagerar la veneración del patrón de un lugar o del santo de devoción de un pueblo hasta el punto de situarlos «por encima» de Dios mismo. Cuando, en realidad, «todo genuino testimonio de amor ofrecido por nosotros a los bienaventurados, por su misma naturaleza, se dirige y termina en Cristo, que es la "corona de todos los santos", y por él a Dios, que es ad-



mirable en sus santos y en ellos es glorificado» (LG 50).

Al dar culto a los santos no hay que olvidar que el culto está dirigido única y exclusivamente a Dios. Y, por tanto, el culto a los santos solo tendrá sentido siempre y cuando parta de Dios y tenga a Dios como destinatario, esto es, no

se considere como un fin en sí mismo sino como un medio.

Los cristianos de Esmirna eran conscientes de esto y así lo expresan en la carta sobre el martirio de su obispo san Policarpo, acaecido en el año 155 o 156: «A Cristo le adoramos como a Hijo de Dios que es, pero a los mártires les tributamos con toda justicia el homenaje de nuestro afecto como a discípulos e imitadores del Señor, por el amor insuperable que mostraron a su rey y maestro».

Por ello, el culto a un santo siempre hay que enmarcarlo en la triple dimensión que nos ofrece la *Sacrosantum Concilium* al respecto –cristológica, antropológica y eclesiológica–, para que el pueblo fiel se mueva en las coordenadas correctas: «Al celebrar el tránsito de los santos de este mundo al cielo, la Iglesia proclama el misterio pascual cumplido en ellos, que sufrieron y fueron glorificados

con Cristo, propone a los fieles sus ejemplos, los cuales atraen a todos por Cristo al Padre y por los méritos de los mismos implora los beneficios divinos» (SC 106).

Dimensión cristológica: «El misterio pascual cumplido en ellos»

En primer lugar, al venerar un santo, reconocemos que el misterio de la Pascua de Cristo se ha hecho realidad en uno de sus seguidores, el triunfo de Cristo se ha hecho realidad en uno de los miembros de su cuerpo. Así, las fiestas de los santos proclaman las maravillas de Cristo en sus servidores. En definitiva, Cristo es el protagonista.

Y, además, celebrar a los santos nos lleva también a dirigir la mirada hacia Cristo y su evangelio ya que éstos, en su existencia terrenal, dieron vida al mensaje de Jesús.

Dimensión antropológica: «Propone a los fieles sus ejemplos»

En segundo lugar, el culto a los santos es una manera de ofrecer un ejemplo real de alguien que ha vivido con radicalidad el seguimiento de Cristo. Presentar creyentes que han vivido de modo ejemplar su configuración con Cristo es un estímulo y una ayuda para que también otros cristianos vivan su fe plenamente. De esta manera se manifiesta que el mensaje evangélico no es un ideal inalcanzable sino que ha cobrado vida en multitud de cristianos.

Dimensión eclesiológica: «Por sus méritos implora los beneficios divinos»

En tercer y último lugar, la Iglesia tributa culto a los santos para que ellos, que habiendo ya alcanzado la salvación eterna cantan la perfecta alabanza a Dios en el cielo, intercedan ante el Padre por sus hijos que todavía peregrinan hacia la patria definitiva. De esta manera se manifiesta la comunión entre dos realidades existenciales de la misma y única Iglesia. El culto a los santos es, por tanto, un signo de comunión eclesial, que trasciende en Cristo las barreras del tiempo y de la muerte.

A través de los santos nos llega la luz de Dios

Una vez un niño, mirando las vidrieras coloridas de la catedral por donde pasaba la luz del sol que iluminaba el interior del templo, preguntó a su padre quiénes eran las personas que en esos cristales estaban representadas. «Son los santos», respondió su padre. «¿Santos? ¿Y qué es eso?», volvió a preguntar el niño. «Los santos –explicó el padre– son personas que fueron tan buenas e hicieron tanto el bien en durante su vida, que la gente podía reconocer en ellos la bondad de Dios». Y, seguidamente, le fue enumerando los nombres de los santos y santas representados en aquellos vitrales. Entonces el niño, tras quedarse pensativo, dijo: «O sea, que los santos son personas que dejan pasar la luz de Dios».

JOSÉ ANTONIO GOÑI